

# FRANCISCO BOLOGNESI Y LA PATRIA INCONCLUSA

*Hugo Neira*

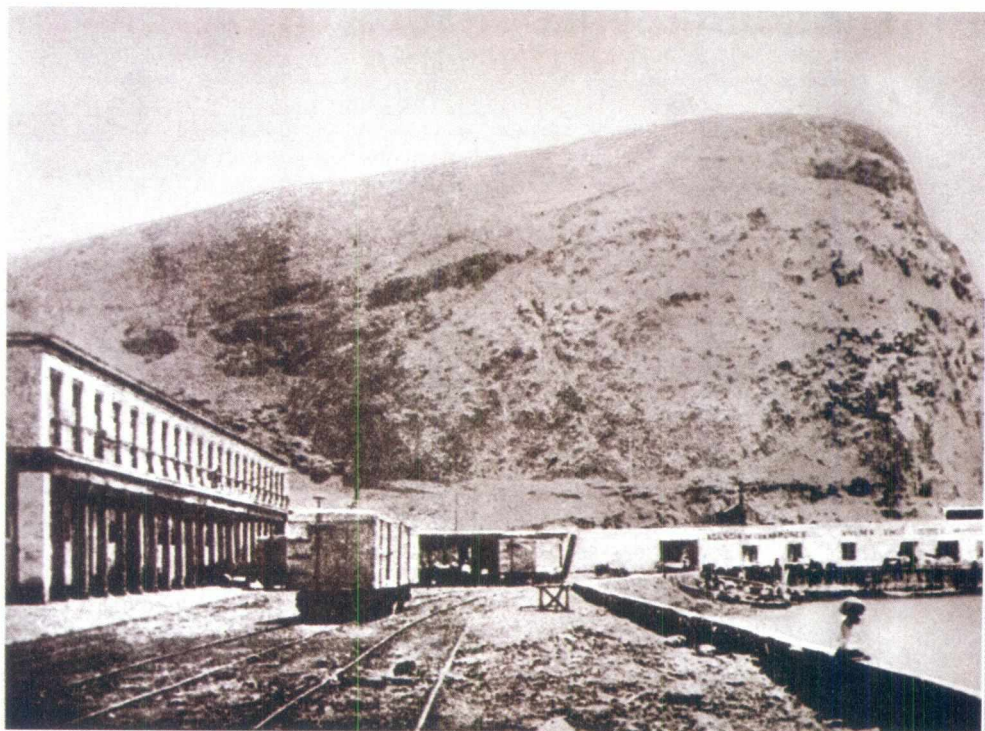
La historia reconoce en Francisco Bolognesi no solo el valor del gesto ejemplar de Arica sino el acierto de una frase. Aquel anciano de 63 años, protagonista de la adversidad y el desamparo peruanos, en medio de la soledad de las arenas, del mar y de una plaza militar aislada, dio con la frase exacta para el suceso de clásico estoicismo del Morro: “Quemaré hasta el último cartucho”. Por eso, en su vida se recorta, apagando la huella vital anterior, la entereza de esa respuesta al parlamentario chileno, mayor J. de la Cruz Salvo, que le ofrecía una capitulación honrosa. Y de ese desastre —la guerra del guano y del salitre, tal como la llamó el historiador Jacinto López— quizá solo nos queda a los peruanos, como una lección de coraje y sacrificio, el rizo de la punta Angamos y el eco de la frase de Bolognesi sobre la tierra quemada y silente de Arica, que esa vez perdimos.<sup>1</sup>

De ese párrafo, y de la investigación que entonces emprendí, retengo para esta semblanza algunos rasgos. El origen, vástago de un padre genovés y una madre arequipeña, el nacimiento en Lima, la infancia arequipeña, la “vida sencilla” como dice el historiador Manuel Abastos. Los estudios en el colegio del Seminario de San Jerónimo, su orientación hacia el comercio. Resalta el hecho que perteneciera a esa comunidad italiana de recientes inmigrantes, para no utilizar ese concepto bien peruano y que nunca me ha gustado, el de colonia italiana, colonia japonesa o china. Porras Barrenechea, en un ensayo sobre esa comunidad, dice que estaba compuesta de hombres a la vez prácticos y soñadores. Luego, hay que tomar en cuenta que le atrajeron también los ejércitos, esos pequeños ejércitos de caudillos del siglo XIX. Por poco deja su vocación por el comercio, pero hay testimonios que sentó plaza de soldado al mando de Castilla, contra Vivanco. Luego, sin dejar los negocios, fue parte de lo que se llamaba la Guardia Nacional, una suerte de fuerza civil armada, y sentó plaza en un regimiento de caballería.

En esa parte de su carrera militar, viajó al Cusco, y luego aparece la pasión por la artillería. Viaja a Europa hacia 1860, a los 45 años. Permanece dos años fuera y cuando retorna, trae consigo 40 cañones. Pero estamos hablando de algo que pasa en el Perú y no faltan las calumnias. Dice el rumor que esos cañones estaban rayados. Bolognesi acepta el desafío y públicamente hace tronar cañón por cañón. “Si fracaso me pego un tiro.” Tenía carácter. Estamos hablando de un periodo de paz. De un cierto rearme del lado peruano, ante los rumores de un Chile dispuesto a la aventura de una guerra. La armería peruana era un mosaico, dicen las fuentes históricas consultadas. Los cañones que se dejaron de comprar después de la misión Bolognesi son el equivalente en el caso de Grau de los barcos de guerra que dejamos de adquirir. La misma desidia. Siempre hemos tenido presidentes que creen que lo peor no va a pasar.

---

<sup>1</sup> Neira, Hugo. Francisco Bolognesi. En: Biblioteca Hombres del Perú. Dirigida por Javier Alva Orlandini. Lima, Editorial Universitaria, 1964, Vol. IX, pp. 73-138 Vol. IX. También véase: Francisco Bolognesi”. En: Biblioteca Hombres del Perú. Lima, Fondo Editorial Universitaria, Pontificia Universidad Católica del Perú y Editorial Universitaria, 2003, Vol. II, pp. 559-594.



**Morro de Arica**

Luego vino la guerra. Del invadido Perú, Bolognesi llama la atención. Lo entrevista Roque Sáenz Peña. “Un hombre de pequeña estatura», escribe. «La voz clara y entera, la tez bronceada, el rostro enérgico y viril”. No dice que fuera culto, más bien una percepción inmediata de las cosas y los sucesos. El comportamiento de un hombre de vida sencilla y sin malicia. Para decirlo en términos de nuestro tiempo, no era un criollo cunda. En ese fin de siglo peruano había como dos tipos de gente. Los soñadores, ahí están las interminables discusiones sobre el tipo más adecuado de constitución, unas liberales o conservadoras, federalistas o centralistas. Basadre las ha estudiado. En eso en gran parte se nos fue un siglo. Había los otros peruanos, los que pensaban en ferrocarriles, en migraciones de europeos a nuestras tierras, o en la libertad del negro y el indio, ya desde Castilla. Los partidarios de la «república práctica» de Pardo. Bolognesi más bien es de esos.

No nos detendremos en la tragedia del Morro. Ya la conocemos. El asalto fue contundente. La batalla comienza a las 5 y media de la mañana y concluye a las 9 del día. Los chilenos subieron a paso de carga. El asalto al Morro concluye con una masacre. Unos dispositivos —minas— funcionaron a medias. En algunos puntos estallaron, en otros no. Se intenta del lado peruano hacer volar la santabárbara. Algo pasó, hay una leyenda negra de traiciones internas. Bolognesi cae tras un disparo que recibe en el pecho. Ya inmolado, sus órdenes se siguen cumpliendo, y el capitán de corbeta Espinoza logra reventar dos cañones de los trece que se pierden en el Morro.

¿Qué queda? De todo aquello, aparte del relato histórico y la memoria nacional, una frase y un ejemplo. Hasta el último cartucho. Y la idea de cumplir el deber. Sin embargo, algunos

decenios más tarde, de los días en que escribí un texto sobre Bolognesi y el Morro, algo más se puede decir. Y no necesariamente alentador. Muchas cosas nos separan de los años 60 del siglo XX. Esa es la data de mi trabajo sobre Bolognesi. Ciertamente, no somos el mismo país, o mejor dicho, la sociedad peruana ha cambiado. Somos más numerosos, en 1960 no llegábamos a 11 millones. Hoy somos más que el doble. Entonces, había un 60% de población analfabeta. No es el caso. Y éramos ostensiblemente más pobres que hoy. Hay cosas, pues, positivas en la evolución del Perú contemporáneo. Pero también hay otros aspectos, en muchos casos novedosos, que son desoladores.

No soy ese tipo de profesor universitario, o político (que no lo soy) o intelectual, que ama dorar la píldora al ciudadano o al amigo. Las cosas como son. En gran parte, hemos retrocedido. Sobre todo en el dominio intelectual y cognitivo. Tenemos una masa crítica de ciudadanos que pueden leer, ya no son analfabetos, pero no leen. Un día de esos, el director del diario El Comercio me hizo dos preguntas. La primera, ¿cuántos alfabetos había en el año 1960? Mi respuesta era que un 40%. Me volvió a preguntar: ¿cuántos diarios editaba un domingo El Comercio? Unos doscientos mil. En una Lima que apenas llegaba, raspando, al millón de habitantes. Pues bien, ¿cuánto hoy, con diez veces más habitantes en Lima, tendría que editar el mismo diario? Cerca de un millón de ejemplares. Pues bien, ningún diario edita esa cantidad. Sigue editando 200 mil, con suerte, los fines de semana.

¿Qué ha pasado con los otros 800 mil posibles lectores? Son alfabetos que ni leen diarios y menos libros. Tenemos masas de iletrados. ¿Quién ha fallado? La escuela pública. Como titula un sociólogo su estudio sobre los test de PISA y los jóvenes peruanos que no pueden comprender un texto, Los últimos de la clase (Nicolás Lynch). Y los cursos de historia han desaparecido. Y el servicio militar. Quien esto escribe sí lo hizo, los domingos, mientras era estudiante en San Marcos. Hoy nada de eso. La idea de nación no nos habita. Las regiones dividen el poco país nacional que tenemos. El Estado sigue ausente del enorme territorio. Se moviliza la gente como puede. Se caen los buses en las retrasadísimas carreteras peruanas. No hemos construido ni aeropuertos ni líneas ferrocarrileras.

Entonces, sin aulas, sin pistas y sin cuarteles, ¿cómo se aprende a ser peruano? Ha llegado la globalización. Y con el progreso personal, familiar y grupal que trae consigo la economía abierta. Estupendo. Pero no hemos progresado ni en la formación de ciudadanos. De individuos conscientes de quienes son, cómo podría ser si quitaron los cursos de secundaria, de lógica a gramática, de historia a física y a química, cursos que existen normalmente en la currícula de países como Ecuador y Bolivia, cuya educación es inmensamente mejor que la nuestra por la sencilla razón que los ministerios de Educación de esos países no se precipitaron al experimento aplicado a generaciones de peruanos de una instrucción fundada en el no libro y el no profesor.

O acaso el amable lector de este texto no sabe que en Perú no existe el maestro sino el intermediario ¿? Se ha jugado e improvisado pedagogías fracasadas en la cabeza de millones de peruanos. ¿Qué los une? Sí, ¿qué tenemos en común los 30 millones de peruanos y peruanas? ¿Estudiamos lo mismo unos en escuelas privadas y otros en estatales? No. ¿Pagamos todos impuestos? No. ¿Sentimos lo mismo y conocemos tanto nuestro pasado republicano? No. Entonces, ¿para quién fue el sacrificio de Bolognesi en el Morro de Arica? No predico una guerra de revancha. Ni creo en la idolatría de la historia. Solo digo que, habiendo vivido gran parte de mi vida en el exterior, conozco el mundo. Y siempre lo he

observado, desde el Asia a Europa. La cosa es sencilla. No hay crecimiento económico capitalista sin Estado.

No hay paz social sin distribución de riqueza, con puestos de trabajo productivos, no subsidios o bolsas de comida. No hay salida del subdesarrollo sin la ciencia, la tecnología y el conocimiento. La cultura, en todo el sentido ancho de la palabra, es decisiva tanto como el salario o la atención médica. Todas las naciones ricas que he conocido son naciones. El Perú no lo es todavía. La República tampoco. Llamamos república, desde griegos y romanos, a una comunidad humana organizada por leyes que son de todos. Y eso, por su cuenta, los héroes de nuestra historia lo fueron. Esperando sin duda un día en que todo peruano fuese un ciudadano responsable como Bolognesi.

Se acerca el bicentenario. Y la verdad, no tenemos gran cosa que celebrar. Ni Estado moderno. Ni nación peruana completa. Ni república igualitaria. Soy un intelectual, como se dice. Pero libre. Y digo mi palabra. Sigo un consejo de Nietzsche. “Di tu palabra y rómpete”. Gracias por permitirme decir estas cosas, sin proponer por mi parte nada que tenga que ver con la politiquería. Opinión ciudadana. Cada uno hará lo que le parezca mejor. ¡Viva la Patria! Y como dice cierta gente religiosa, “la verdad nos hará libres”.

Surco, junio de 2016

**H**ugo Neira Samanez, historiador, por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. También ha realizado estudios en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, donde obtuvo el doctorado en Ciencias Sociales con la distinción très honorable. Es doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional del Centro del Perú (2004), Universidad Los Ángeles de Chimbote (2008) y por la Universidad Inca Garcilaso de la Vega (2009) y ha recibido la distinción como Caballero de la Orden de las Artes y de las Letras. Trabajó en la Fondation Nationale des Sciences Politiques y fue director de la Biblioteca Nacional del Perú (2006-2009). Es autor de Francisco Bolognesi, Ensayos de relectura herética y El mal peruano entre otras numerosas publicaciones.